

EL ATLANTE.

*Aquel pueblo es verdaderamente libre
donde las leyes mandan y los hombres obedecen.*

S. Juan Apostol y Evangelista

LA MUGER DE LA MECA.

En medio de un profundo valle que coronan varias montañas existecidad la de Méca; antigua capital de la Arabia. Esta ciudad centro de la religion mahometana, es un objeto de veneracion para todo fiel creyente. Méca era conocida de los griegos con el nombre de Macorabe, cuya terminacion manifiesta que era de grande estension y sin embargo en sus tiempos mas florecientes no ha llegado su poblacion á la que tiene Madrid en el dia. La Méca tiene actualmente unos treinta mil habitantes, y solo existe por la afluencia de peregrinos que van con suma devocion á visitar la Santa Kaab, principal templo de los musulmanes.

Se ha exajerado mucho la magnificencia del templo de Meca con sus cien puertas y su cimborio dorado: un europeo que fingiendose musulman pudo examinarlo detenidamente de él la siguiente descripcion.

La gran Mezquita de Méca llamada casa de Dios ó *el Harém*, merece particularmente atencion por contener dentro la famosa Kaab. Lo primero que se ve entrando en ella es un gran patio rodeado de cuatro hileras de columnas unidas por arcos ogivales de los que cuelgan lamparas que arden algunas todas las noches, y todas en la del Ramadán. Las columnas tienen veinte pies de altura, y estan coronadas de pequeñas cupulas, unas son de marmol blanco y otras de granito y de porfido. En medio del patio está la Kaab á la que conducen siete galerias bastante anchas para que cinco personas puedan ir de frente. El edificio es cuadrado como lo indica su nombre, y está cubierto con

un inmenso pedazo de tela de seda negra, en el que se lee la inscripcion: „No hay mas Dios que Dios y Mahoma es su profeta.“ La costumbre de cubrir la Kaaba viene desde los Arabes idólatras.

Al lado de la Kaaba junto á la puerta de plata está embutida la famosa piedra negra, cuya superficie está pulidamente y aun gastada por los besos y tocamientos de tantos millones de peregrinos. Fue llevada alli, segun dicen, por el arcangel Gabriel, y Abraham se sentaba en ella mientras se construia el edificio. En frente de los cuatro lados de la Kaaba hay cuatro pequeñas habitaciones en que se colocan los imanes de los cuatro ritos musulmanes para orar segun estos. Antes de Mahoma habia en el mismo sitio que ocupa ahora la Kaaba un célebre templo al que acudian todas las tribus de Arabia Mahoma lo destruyó lo mismo que las trescientas setenta imágenes de ídolos á las que se sacrificaban camellos y carneros. La puerta de la Kaaba no se abre más de tres veces al año; una para los hombres otra para las mugeres, y la otra para limpiarla. Los peregrinos dan la vuelta á su alrededor siete veces recitan lo oraciones y besando el edificio en cada una de ellas; las cuatro primeras vueltas se dan en memoria de que Mahoma habiéndose estendido la voz de que estaba muy enfermo, las dió para desmentirla.

En la misma mezquita se halla el pozo de Zemzem, cuya amarga y salobre agua beben los peregrinos, empleándola ademas en las abluciones. Este pozo, segun dicen los creyentes, fue milagrosamente abierto por un angel, quando Agar arrojada de la casa de Abraham iba á perecer de sed en el desierto con su hijo Ismael. Luego

que llega á la Méca un peregrino de alta categoria, se inscribe su nombre en un libro que tiene el gefedel pozo, y este queda en el encargo de enviar al viajero el agua necesaria, lo que ejecuta con toda puntualidad. Ademas de los cántaros que se envian á las casas de los peregrinos, los aguadores del Zemzem se pasean diariamente por el templo para vender y distribuir agua á los circunstantes. Se acostumbra á poner en el patio una porcion de esteras, delante de las que se colocan vasijas con agua. Las personas que vienen á sentarse en las esteras hallan asi un piadoso refresco, lo que no deja de ser ventajoso en un clima tan ardiente, y atrae mucha gente á la mezquita aun antes que llegue la hora de la oracion.

Tiene el templo su gefe principal llamado *Sheik el haram*. La Kaaba tiene por servidumbre cuarenta eunucos negros guardas y criados de la casa de Dios; llevan por seña que los distingue una camisa blanca encima de los vestidos acostumbrados, un gran turbante blanco y una varita en la mano. El numero de los demas sirvientes y allegados al templo es infinito: faroleros, atizadores, siervos de Ibrahim, de la Kaaba y de cada una de las habitaciones de los cuatro ritos, porteros, guardas de los minarets, Imanes, Cadí, cantores, el monkis ó observador del sol para anunciar la hora de la oracion, el conservador de la llave, el multí, los guias; en un palabra, se puede asegurar que la mitad de los habitantes de la Meca, son empleados ó sirvientes del templo, y no tienen mas salario que las limosnas y ofrendas de los viajeros. Por eso cuando llega un peregrino todos lo rodean: se apresuran á ofrecerle

sus servicios y lo colman de salu-
taciones y títulos honoríficos. En
otro tiempo bastaban las numero-
sas caravanas que llegaban de todos
los puntos donde domina el isla-
mismo para subvenir con abundan-
cia á las necesidades de los habitan-
tes de la Méca pero al presente se
ha disminuido mucho el número
de los peregrinos, y como el de
los empleados del templo es siem-
pre el mismo, las prácticas religio-
sas son mucho mas costosas porque
todos rodean á los fieles y les obli-
gan á gastar sumas enormes en li-
mosnas y gratificaciones en tales
terminos que hasta los peregrinos
mas pobres que viajan á espensas de
la caridad pública se ven obliga-
dos á dejar algunas monedas.

En tiempos antiguos andaban
los peregrinos muchas estaciones
piadosas, lo que producía grandes
ganancias á los sirvientes de la Ka-
aba pero los enemigos del Alcoran
las han destruido todas. La mez-
quita ó capilla en que nació el pro-
feta el sitio donde recibió la prime-
ra revelacion del cielo la casa de
Abutaleb donde vivió mucho tiem-
po, las capillas de Fatima, hija de
Mahoma y las Side-Mahamud y
otros santos, todo ha desapareci-
do. Los peregrinos se ven, por con-
secuencia privados del mérito espi-
ritual que alcanzaban visitando los
santos lugares, y los habitantes de
la ciudad han perdido los bienes tem-
porales que le resultaban de estos
actos de devocion.

Dan los arabes á la Meca los tí-
tulos pomposos de Omel-Kara ó
madre de las ciudades, de noble,
de sublime, y la llaman siempre la
patria de todos los fieles. Es una
poblacion abierta por todas partes
y sin mas fortificacion que una es-
de ciudadela muy mal construida
donde reside el Chérif.

Las calles son bastante regulares
y entapizadas de arena; y las casas
sólidamente construidas de piedra,
tienen las fachadas adornadas de
pinturas y relieves, lo que las da
un aspecto agradable. Los habitan-
tes son tan flacos, que aun siendo
árabes, que por lo general tienen
la constitucion enjuta, llaman la a-
tencion por que parecen verdade-
ros esqueletos ambulantes. Las mu-
jeres no participan tanto de este de-
fecto.

Apenas se ballará pueblo en el
mundo que sea mas ignorante que
el de la Méca. Es facil explicar esta
circunstancia por la situacion de la
ciudad edificada en medio del desierto,
y sin ser camino ni direccion
para ningun punto. La Arabia está
por todas partes rodeada de agua,
pues tiene el Golfo Pérsico al O-
riente, el mar Rojo al Occidente, el
Océano al Medio dia, y el Medi-
terráneo al Norte, por lo tanto la
Méca que está en el centro de la
península, no puede ser base de
comunicacion á los países inmedia-
tos adonde se puede ir por mar.

El clima es lo mas seco y calu-
roso que imaginarse puede. Situada
á los dos grados y medio de latitud
dentro de la zona torrida, tiene el
sol casi perpendicular por el espa-
cio de dos meses y medio; si á es-
to se añade que su situacion es en
el fondo de un valle rodeado de á-
ridas montañas y sin un arroyo,
sin una fuente, se podrá calcular el
grado de calor que se experimenta-
rá. Un clima semejante se opone á
toda especie de vegetacion, y así,
no solo no se ve en Méca prados ni
jardines de ninguna especie, sino
que ni aun hay los productos es-
pontáneos que rara vez niega la na-
turaleza. Solo encuentra la vista a-
rena y piedra.

Las peregrinaciones á la Meca se
hacen en seis ó siete caravanas, la
de Damasco ó Siria es la mas im-
portante y la conduce un bajá, la
de Egipto la manda un bey, la de
los árabes de Berberia se une á la
de Damasco algunas jornadas antes
llegar á la Méca, y las cuatro últi-
mas llegan de Bagdad y de los pa-
íses circunvecinos, sin contar en es-
to á los viajeros que van de la In-
dia, de Jaba, de Sumatra y aun del
centro de la Nubia. Tan animado é
imponente como es el principio de
la peregrinacion, otro tanto se tro-
ca luego en un espectáculo lúgubre
y sombrío; á las fatigas de un lar-
go viaje suceden las tristes conse-
cuencias de los malos alimentos, y
de las habitaciones mal sanas, estas
causas y algunas veces la total fal-
ta de víveres llenan las mezquitas
de moribundos que se hacen con-
ducir á la Méca para curarse con la
vista de la Kaaba. =C. de T.

(El panorama.)

MÁLAGA 10 de Noviembre.

*Pormenores de la causa formada
con motivo del asesinato de don
José Rando Soulé, acaecido en
la noche del 30 de Octubre de
1838..*

Hay crímenes tan espantosos que
estremecen la sociedad é inspiran en
todas las almas la consternacion y
el horror. Los hombres cualesquie-
ra que sean las desigualdades que
establezca entre ellos el desarrollo
de su inteligencia, ora hayan culti-
vado su entendimiento por medio
de una educacion esmerada, ó vivan
en la mas grosera ignorancia, se u-
nen por un sentimiento instintivo,
poderoso enérgico, que todos ar-
ranca un grito unánime de indigna-
cion. Un ejemplo á la vez terrible
y sublime de esta verdad ha ofre-
cido el pueblo de Malaga en estos
últimos dias. Las primeras noti-
cias que circularon acerca del ase-
sinato del infeliz don José Rando
produjeron la estupetacion y el a-
sombro; empero muy luego la mas
viva indignacion sustituyó á esta
consternacion sombría que retrata-
ba en todos los semblantes. Nos-
otros no hemos visto la causa ni a-
sistido á las deliberaciones del Con-
sejo, pero he aqui los datos que
hemos obtenido de personas que su-
ponemos bien informadas.

A las once y media de la noche
del dia 30 del próximo pasado Oc-
tubre, al pasar el desventurado don
José Rando y Soulé por la calle
Fresca acompañado del sereno del
cuartel quinto Manuel de Jesus, fué
acometido alevosamente por un
hombre embozado, y recibió una
puñalada atroz en el pecho, cuya
herida de seis pulgadas y media de
estension le dividió el corazon. Tan
barbato y certero fue el golpe, tal
la violencia con que brotó la san-
gre de la víctima, que salpicó las
paredes de la calle á una altura con-
siderable. Allí están todavía mani-
fiestas en la casa de don Manuel
Gravier estas manchas horrosas.
Un grito lastimero exhaló el des-
graciado jóven: era el grito de la a-
gonía, y cayó anegado en su propia
sangre.

Apenas el asesino inmoló á su
víctima cuando recurrió á la fuga
circunstancia que alejando la idea
del robo, por si sola revela que la
premeditacion del crimen tenia o-
tro objeto; cuya reflexion aun se
robustece mas considerando que el
Rando llevada entonces sobre sí un
reloj de mucho valor y una cadena

al pecho é iba acompañado de un hombre armado. El móvil pues que impulsó la diestra del malvado contra Raudo, arrojando el peligro de acometerlo en presencia de un protector prevenido no era el deseo del robo; era un interés mas poderoso. El asesino pensó escapar la Providencia empero lo dispuso de otro modo. Perseguido por el sereno, que en medio de la horrible catástrofe que habia visto pasar con una rapidez electrica, conservó todo su valor y sangre fria, y con el auxilio de don José Vergara Mayans y otros vecinos, fué capturado y conducido al instante á la presencia del Escelentísimo señor capitán general, teñida en sangre inocente su asesina mano.

Llamábase este miserable José de la Rosa: era natural de Priego, de oficio jornalero, casado y padre de seis hijos. Desde aquel momento empezó á dictar dicha autoridad medidas enérgicas para la averiguacion de este crimen horrible: Por sus disposiciones se lograron recoger esparcidas en los diversos puntos donde sucedió el crimen, la capa, el sombrero y la faja del asesino, y junto al cadáver todavia palpitante se halló el puñal homicida.

Notándose por el Exmo. Sr. Capitan general el empeño del reo en restregarse las manos para hacer desahuciar el sangriento vestigio de su delito, dispuso se le metiesen en unas manoplas de madera y nombrado fiscal D. Francisco Sanchez, teniente de la compañía de veteranos de Marbella, procedióse en el acto á recibir las declaraciones. El Exmo. Sr. Capitan general, deseoso de satisfacer la vindicta pública, comunicó una orden para que se diese un curso rápido á las diligencias, y se lograra si era posible enterrar al asesino con la víctima.

La Rosa confiesa el crimen en la segunda declaracion, y sus revelaciones designan como cómplice al jóven abogado D. Juan Morales. El asesino la Rosa declara que este lo habia inducido á cometer el crimen, ofrecido y aun entregádole anticipadamente algunas cantidades, y entra en minuciosos pormenores acerca de su premeditacion y de todas sus circunstancias.

En virtud de lo espuesto, el juzgado segundo de primera instancia por comision del general, los ayudantes de S. E., y diferentes oficiales comisionados simultáneamente y para diversos objetos se ponen en accion, practicándose las diligen-

cias con la mayor actividad y rapidez. A las siete de la mañana tiene lugar entre ambos procesados un careo; pero hallándose discordes se les conduce á repreguntarles delante del cadáver depositado en el Sagrario. Allí bajo las bóvedas del templo, y ante los restos inanimados y frios de la víctima, en medio de una multitud llena de interés y terror y espectadora de un acto inusitado é imponente se levanta la voz criminal y terrible de la Rosa para insistir en los cargos que antes ha dirigido al que designara como cómplice, y repite su tremenda acusacion.

Este, abatido y exánime articula algunas palabras en voz baja. Invitado por el fiscal á que coja la mano del cadáver y maldiga á su asesino, el sin ventura jóven continua sumergido en el estupor y murmura con voz casi ininteligible algunas palabras.

A peticion del fiscal los presuntos reos son conducidos en seguida á los sitios donde se perpetró el crimen, é interrogados allí sobre sus pormenores, sobre la conversacion que tuvieron, el camino que llevaron y sitio en que segun las declaraciones de la Rosa se apostaron él y al que denunciaba como cómplice para esperar la victima la Rosa repite sus cargos: su coacusado los niega.

La justicia busca mas pruebas: cincuenta y un testigo son examinados durante el dia con diferentes objetos. La Rosa entra en nuevos detalles y revelaciones que el respeto á la moral pública y al honor de las familias nos impone el deber de pasar en silencio. La idea de una deliberacion fria, calculada, y la impasible premeditacion que segun sus declaraciones presenciaron á la perpetracion del crimen, horrorizan, «La Rosa» lleno de una asombrosa serenidad persiste y se ractifica: este monstruo al hablar del delito atroz que ha cometido se ostenta con un caracter tan tranquilo y horrible que los acentos de su voz hielan de terror. Durante esta escena el jóven permanece absorto y silencioso.

Las confesiones han concluido. A las ocho de la noche el asesino y el co-reo por el acusado nombran sus defensores: los testigos esperan para ratificarse. A las cuatro de la mañana da fin este acto solemne presenciado é intervenido por los defensores.

Amanece el dia 1º. Crecen el interés y agitacion pública. El fiscal

juzga indispensable practicar nuevos careos: evacuasen algunas otras diligencias, y á las doce de la mañana la causa pasa á manos de los defensores.

Una multitud inmensa obstruye las calles que guian al Consejo: el ansia y la impaciencia se retratan en todos los semblantes. A las seis de la tarde, precisamente en los momentos mismos de irse á reunir el consejo, se comunica por S. E. la orden, que va á continuacion, para que aquel se nombre y salga de entre los oficiales de la guarnicion y demas que estén en servicio activo.

A las seis y media devuelven los defensores la causa: á las ocho de la noche empiezan á reunirse los vocales repentinamente convocados al acto. A las nueve da principio la lectura de esta trágica y sangrienta historia. La concurrencia es extraordinaria: la acusacion breve y lacónica: el fiscal pide la pena capital contra entrambos. Siguen las defensas: instructiva, lógica y animada la del jóven Morales, que leyó su defensor D. N. Tejada, excita en el auditorio un movimiento pronunciado de interés. Lacónica y sencilla la de la Rosa, es de pura piedad.

Terminase la defensa: el cadáver ensangrentado del mal logrado Raudo es conducido ante el consejo: comparecen los acusados y procedese á un nuevo careo. La Rosa, asesino frio é impasible, no desmiente el carácter enérgico y tranquilo con que se ha presentado desde luego. Entrégase á multitud de detalles insiste en sus cargos, repite sus revelaciones. Su narracion excita indignacion y horror contra los acusados. D. "Juan Morales" persiste negativo: dice que todo es impostura y calumnia.

D. Fernando Alcocer gobernador y comandante general que preside el consejo dispone la traslacion simultanea del tribunal, los reos, fiscal y defensores al sitio donde se consumo el asesinato. Este acto terrible fué egecutado á las dos de la mañana ante un público inmenso: La Rosa con estóica serenidad designa los parages en que se asegura le habló el infortunado Morales el camino que llevaron desde la plaza de la constitucion, donde dijo se apostaron. A las cinco de la mañana el tribunal se ha disuelto, su fallo, que damos á continuacion pasa á manos de S. E. para su aprobacion ó desaprobacion, á las diez de la mañana don Juan Morales y la Rosa entran en capilla. El jóven é infeliz letrado pasa la noche

entre las angustias naturales á su situacion y un delirio febril. *La Rosa* en este duro trance no desmiente su bárbara serenidad.

A las tres de la tarde salen entrambos del convento de S. Felipe donde se ha celebrado el consejo y estaba la capilla. El acompañamiento es inmenso delante y en medio de un piquete iba *la Rosa* caminando con entereza; don *Juan Morales* triste, pero resignado, seguía á aquel, escuchando los consuelos de la religion de boca de dos de sus ministros. Saludaba á todos sus amigos y conocidos. Una singularidad notable ofreció el implacable *la Rosa* en el trayecto de la capital al patíbulo. Varias veces volvió la cabeza como receloso de que no viniese don *Juan Morales*, y aun significó sus dudas con la expresion de "viene ese caballero?"

Llegados á Martiricos sitio designado para el suplicio, donde se halla el cadáver del malogrado *Raudo*, y formado ya el cuadro, *la Rosa* habló al público con voz alta y entera, é insistió en sus declaraciones. Entonces hubo de escapársele una expresion ofensiva á su coacusado, pero recordándole el confesor la terrible solemnidad de aquel acto, la expectativa de la eternidad, cuyas puertas iban á abrirse para él, prorumpió en alta voz, "que perdonada á D. Juan Morales y que pedia á los circunstantes rogasen á Dios para que lo perdonase á él, y rezasen una salve á la Virgen del Carmen y un credo.

Sentados entrambos en el banco fatal, *la Rosa* se volvió hácia don *Juan Morales* y con expresion de sarcasmo y sentimiento dijo: "¿es esta la felicidad que V. me prometia?" En este momento don *Juan Morales* vuelto á su confesor exclama: "por Dios que no me mate ese hombre antes de tiempo" Sus últimos pensamientos fueron consagrados á sus padres y familia.

A las cuatro sonó la descarga. Don *Juan Morales* y *José la Rosa* dejaron de existir. El cadáver del primero fue recogido por el ilustre colegio de abogados de esta ciudad. La caridad dió sepultura al de *La Rosa*.

La autoridad militar ha desplegado celo y energía en la averiguacion de este horroroso delito, del que acabamos de hacer á nuestros lectores una narracion rápida y sencilla segun los antecedentes que hemos obtenido. Si alguna inexactitud ó error ha podido deslizarse en el relato, tendremos la mayor satis-

facion en rectificarlas.

El criminal *la Rosa* hombre de incontrastable firmeza y de una fuerza de espíritu de que ha dado pruebas asombrosas en el curso del proceso que ha motivado la perpetracion de este crimen, no ha desmentido un solo momento estas cualidades aun á la vista de la víctima fria y alevosamente inmolada por su mano. Estos dotes que pudieran haber hecho de él un hombre útil á la sociedad si hubiese gozado los beneficios de la educacion, y si el freno poderoso de la religion y de la moral hubieran enseñado á reprimir sus pasiones, fructificaron de un modo funesto en la ignorancia y la miseria, en la absoluta falta de conocimiento de todos los deberes sociales. Ojalá llegue un dia en que la instruccion derramada en todas las clases del pueblo logre extinguir este germen poderoso de delitos, mucho menos comunes por fortuna en nuestra España que en otros países!

La Rosa era de una estatura elevada y de carnes regulares: su constitucion anunciaba el vigor y la fuerza física. Tenia el color cetrino, los ojos negros, grandes á la flor de la cara, y muy distantes entre sí: la expresion de su fisonomía era austera y sombría.

Don *Juan Morales*, cuyo trágico fin escita en nuestra alma un vivo dolor, era un jóven de un caracter dulce, de un trato afable y muy comedido en la sociedad. Su estatura era mediana, su fisonomía fina y agradable: gozaba de una reputacion exenta de toda sospecha de crimen. Asi es que la complicidad con que apareció en el proceso causó general sorpresa.

Ojala que la simpatía hácia la desgracia, el respeto tributado al sentimiento de unos padres cuyos corazones deben hallarse destrozados por la amargura, y nuestras respetuosas consideraciones hácia entrambas familias pudiesen endulzar su acerbo dolor y su terrible infortunio.

No concluiremos sin lamentar el funesto influjo de las pasiones capaces de arrastrar al delito cuando sus ímpetus desordenados y terribles logran sofocar la voz de la razon, de la virtud y de la conciencia. La vida, la propiedad, el honor y reposo de las familias, encomendados á la proteccion tutelar de las leyes, dejarían de ser goces positivos de la vida social si no se castigasen los atentados contra tan preciosos intereses. ¿Qué sería sino la sociedad? Un campo de batalla, un caos de

horrores y de crímenes.

SENTENCIA.

José Maria Mazarran, cabo primero del batallón franco de Granada, y autorizado por las Reales ordenanzas para actuar de escribano en la causa que se sigue por el consejo de guerra ejecutivo y permanente de esta plaza contra José de Rosas y D. Juan Morales, acusados de haber cometido la muerte alevosa inferida en la persona de D. José Raudo y Soule, vecino de esta ciudad de la que es juez fiscal el Sr. D. Francisco Sanchez, teniente de la compañía de veteranos de Marbella, etc. etc.

Certifico y doy fé: Que al folio noventa de dicha causa hay una sentencia dada por este consejo, que dice así:

Sentencia.—Visto el oficio del Escmo. señor Capitan General de estos reinos su fecha 30 de octubre próximo pasado, en orden á la formacion de causa contra los paisanos José de la Rosa y D. Juan Morales por el delito de la muerte alevosa inferida en la persona de D. José Raudo y Soule, vecino de esta ciudad; teniendo presente el resultado general que ofrece la causa, y además y sobre todo la conviccion legal y terrible que acaban de prestar al consejo las diligencias importantes practicadas ante él, esto es, los careos, preguntas y aclaraciones obtenidas de los dos acusados á la vista del cadáver ensangrentado de la víctima que se ha traído al efecto á la sala del tribunal, así como los reconocimientos hechos por todo el consejo pleno, acompañado de los mismos reos: y oyéndoles sus descargos y reconveniciones mútuas en la plaza de la Constitucion y sitio donde se cometió el crimen. El consejo con mérito á todo y por unanimidad ha condenado y condena á los referidos José de Rosa y don Juan Morales á la pena de ser fusilados á presencia del cadáver. Málaga 2 de noviembre de 1838.—Fernando de Alcocer.—José Maria Viana.—Isidoro del Barrio.—José Maria Daly.—Joaquin Segura.—Cristobal Bermudez.—Antonio Pinto.

Y para que conste doy la presente de orden y mandato de dicho Señor en una hoja rubricada por mí que firmara igualmente conmigo en Málaga á 2 de noviembre de 1838.—Francisco Sanchez.—José Maria Mazarran.

Editor responsable P. M. RAMÍREZ
Imprenta de EL ATLANTE.